

mi, se abrazaron en la cámara Luis Felipe.... Cristina tenía mi anillo.... y le hice jurar que, cuando yo estuviera muerto, iría una noche por el lago de la calle de Scribe á enterrarme con gran secreto, con el anillo.... Le dije cómo hallaría mi cuerpo y lo que tenía que hacer... Entonces, Cristina me besó á su vez la frente.... (no mires, daroga) aquí, en mi frente.... (no mires, daroga) y se marcharon los dos.... Cristina ya no lloraba.... pero sí lloraba.... daroga, daroga, si Cristina cumple su juramento.. volverá muy pronto....

Y Erik se calló. El persa no le hacía ya pregunta alguna. Estaba enteramente tranquilo sobre la suerte de Cristina y del vizconde, y nadie de la raza humana, después de haberle oído aquella noche, hubiera podido poner en duda la palabra de Erik que lloraba.

El monstruo se puso la máscara y reunió las fuerzas para dejar al daroga, anunciándole que cuando sintiera su fin muy próximo, le enviaría para darle las gracias por el bien que le había hecho en otro tiempo, lo que había más querido para él en el mundo, los papeles de Cristina, que ésta había escrito para Raúl en los momentos de esta

aventura y que había dejado á Erik, así como unos objetos que procedían de ella, dos pañuelos, un par de guantes y un lazo de zapato. Respondiendo á una pregunta del persa, Erik le dijo que los dos jóvenes habían resuelto ir á buscar un sacerdote en el fondo de alguna soledad en la que ocultarían su dicha, y habían topado, con ese desiguito, "la estación del Norte del Mundo". En fin, Erik contaba con el persa para que en seguida que hubiese recibido las reliquias y los papeles prometidos, anunciase su muerte á los jóvenes. Para ello, debía pagar una línea en los anuncios necrológicos del periódico "La Epoca."

El persa acompañó á Erik hasta la puerta de su casa y Darío le fué sosteniendo hasta la acera. Un coche de alquiler le estaba esperando. Erik montó en él, y el persa, que se había puesto en la ventana, le oyó decir al cochero: "Al terraplén de la Opera."

El coche se hundió en la noche. El persa había visto por última vez al pobre, desgraciado Erik.

Tres semanas después, el periódico "La Epoca" publicaba este anuncio necrológico:

"ERIK HA MUERTO."

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
AÑO 1928 MONTEPAREY, MEXICO

EPILOGO

Tal es la verídica historia del Fantasma de la Opera. Como decia al comienzo de esta obra, no se puede dudar que ha vivido realmente. Hay demasiadas pruebas, al alcance de todos, de esa existencia, para que no se pueda seguir razonablemente todo lo que hizo Erik en el drama de los Chagny.

No es preciso repetir aquí cuánto apasionó á la capital este asunto. Aquella artista robada, el conde de Chagny muerto en condiciones tan excepcionales, su hermano desaparecido y el triple sueño de los empleados del alumbrado de la Opera.... ¡Qué dramas, qué pasiones, qué crímenes, se habían desarrollado alrededor del idilio de Raúl y de la dulce y encantadora Cristina!... ¿Qué había sido de la sublime y misteriosa cantante, de la que la tierra no debía oír hablar más?... Se la representó como víctima de la rivalidad de los dos hermanos y nadie imaginó lo que había suce-

dido; nadie comprendió qué, puesto que Raúl y Cristina habían desaparecido los dos, ambos prometidos se habían retirado lejos del mundo para saborear una dicha que no hubieran querido que fuese pública después de la muerte inesperada del conde Felipe.

Habían tomado un día el tren en la estación del Norte del Mundo..... Yo también es posible que tome un día el tren en esa estación y vaya á buscar alrededor de tus lagos, ¡oh Noruega! ¡oh silenciosa Escandinavia! las huellas acaso vivientes todavía de Raúl y Cristina, y también de la anciana Valerius, que desapareció igualmente al mismo tiempo.... ¡Acaso un día percibiré con mis oídos, al eco solitario del Norte del Mundo, repetir el canto de la que conoció al Angel de la Música!....

Mucho después de que la causa fuese sobrecida, por la gestión poco inteligente del juez Faure, la

prensa, de vez en cuando, trataba de penetrar ese misterio. . . . y seguía preguntándome dónde estaba la mano monstruosa que había preparado y ejecutado tan inauditas catástrofes (crimen y desaparición.)

Un periódico del "bulevar", que estaba al corriente de todos los chismes de bastidores, había escrito solamente:

—Esa mano es la del Fantasma de la Opera.

Y todavía lo había dicho, naturalmente, en sentido irónico.

Sólo el persa, á quien no se había querido oír y que no renovó, después de la visita de Erik, su intenciona cerca de la justicia, sabía la verdad.

Y poseía las pruebas principales, que habían llegado á él con las preciosas reliquias anunciadas por el Fantasma. . . .

Era de mi deber el completar esas pruebas, con la ayuda del mismo daroga. Yo le ponía al corriente de mis investigaciones, día por día, y él las guiaba. Hacía muchos años que el persa no había vuelto á la Opera, pero había conservado el recuerdo más preciso del monumento y no había mejor guía que él para hacerme descubrir los más escondidos rincones. El me indicaba las fuentes á que debía recurrir, y los personajes á quienes había que interrogar; él fué quien me incitó á llamar á la puerta del

señor Poligny, en el momento en que el pobre hombre estaba casi en la agonía. No sabía yo que estuviese tan malo y no olvidaré jamás el efecto que le produjeron mis preguntas relativas al fantasma. Me miró como si viese al diablo y no me respondió más que unas cuantas frases sin hilación, pero atestiguaban, que era lo esencial, la perturbación que el F. de la O. había producido en la vida, ya muy agitada, de Poligny, que era lo que se había convenido en llamar un vividor.

Cuando conté al persa el escaso resultado de mi visita á Poligny, el daroga sonrió vagamente y me dijo: "Nunca ha sabido Poligny de qué modo le ha explotado el canalla de Erik (el persa tan pronto hablaba de Erik como de un dios como le trataba de vil canalla). Poligny era supersticioso, y Erik lo sabía. Erik sabía muchas cosas sobre los asuntos públicos y privados de la Opera.

Cuando Poligny oyó una voz misteriosa que le contaba, en el palco número 5, el empleo que hacía de su tiempo y de la confianza de su socio, no quiso esperar más. Herido al principio como por una voz del cielo, se creyó condenado, y, después, como la voz le pedía dinero, vió al fin que era juguete de un estafador, del que fué víctima el mismo Debienne. Los dos, can-

sados de su dirección por varias razones, se marcharon sin tratar de conocer más á fondo la personalidad de aquel extraño F. de la O. que les había hecho llegar tan singular pliego de condiciones. Llegaron todo el misterio á la dirección siguiente, dando un suspiro de satisfacción de verse desembarazados de una historia que los había preocupado sin hacerlos reír ni al uno ni al otro.

Así se expresó el persa hablando de Debienne y Poligny. A este propósito, le hablé de sus sucesores y me extrañé de que en las "Memorias de un Director", de Moncharmin, se hablase de un modo tan completo de las fechorías del F. de la O. en la primera parte, para no decir casi nada en la segunda. Y el persa, que conocía esas memorias como si las hubiese escrito, me hizo observar que encontraría la explicación del fenómeno si me tomaba el trabajo de reflexionar en las líneas que Moncharmin ha consagrado al fantasma en aquella segunda parte. Hé aquí esas líneas, que nos interesan particularmente, puesto que en ellas se encuentra explicado el modo que tuvo de terminar la famosa historia de los veinte mil francos.

"Acercas del F. de la O., algunas de cuyas fantasías he narrado en el comienzo de estas Memo-

rias (es Moncharmin el que habla) no diré más que una cosa, y es que rescató con un buen rasgo las alarmas que nos había causado á mí digno colaborador y á mí. Jugué, sin duda, que toda broma tiene sus límites, sobre todo, cuando cuesta tan cara y cuando tiene conocimiento de ella el comisario de policía, pues en el momento mismo en que habíamos dado cita al señor Mifroíd para contarle toda la historia, poco tiempo después de la desaparición de la Daé, encontramos en la mesa de Richard un sobre con tinta roja, en el que se leía: De parte del F. de la O., y dentro del cual estaban las sumas bastante importantes que había logrado hacer salir momentáneamente y á modo de juego, de la caja de la dirección. Richard opinó en seguida que debíamos dejar las cosas así y no llevarlas más adelante. Yo consentí en ello, y todo acabó bien. ¿Verdad, señor F. de la O.?"

Evidentemente, Moncharmin, sobre todo, después de esta restitución, siguió creyendo que había sido juguete de la imaginación burlesca de Richard, como éste, por su parte, no cesó de creer que Moncharmin se había divertido en inventar todo este negocio para vengarse de algunas bromas.

Este era el momento de preguntar al persa por qué artificio le-

graba el fantasma hacer desaparecer veinte mil francos del bolsillo de Richard á pesar del alfiler imperdible. El persa me respondió que no había profundizado este ligero detalle, pero que si yo quería "trabajar" en los lugares mismos, encontraría ciertamente la clave del enigma en el mismo despacho de la dirección, recordando que Erik había sido llamado por algo el "aficionado á trampas." Y prometí al persa entregarme, en cuanto tuviera tiempo á útiles investigaciones por ese lado. Diré en seguida al lector que los resultados de esas investigaciones fueron perfectamente satisfactorios. No creía yo, en verdad, descubrir tantas pruebas innegables de la autenticidad de los fenómenos atribuidos al fantasma.

Bueno es que se sepa que los papeles del persa, los de Cristina Daé, las declaraciones de los antiguos colaboradores de Richard y Moncharmin y de la pequeña Meg (pues la excelente señora Giry ¡ay! había muerto) así como de la Sorelli, retirada ahora en Louveciennes—bueno es que se sepa, repito, que todo ésto constituye los documentos que prueban la existencia del Fantasma, documentos que voy á depositar en los archivos de la Opera y que están comprobados por muchos descubrimientos

importantes de los que puedo estar justamente orgulloso.

Si no he podido encontrar la morada del lago, pues Erik condenó definitivamente todas sus entradas secretas (y todavía estoy seguro de que se podría entrar en ella si se desecase el lago, como lo he propuesto varias veces á la administración de Bellas Artes), si todavía mi mala suerte ha querido que numerosos trabajos hayan modificado los planes de los cuartos en el sitio en que se encontraba el de Cristina Daé, ello es que he descubierto el pasillo secreto de los comuneros, cuya pared de tablas se está cayendo, y he puesto de manifiesto la trampa por la cual bajaron Raúl y el persa á los fosos del teatro.

He descubierto, en el calabozo de los comuneros, muchas iniciales trazadas en las paredes por los desgraciados que fueron encerrados allí, y entre estas iniciales, una R, una D.—¿RDC? ¿No es ésto significativo? ¡Raúl de Chagny! Las letras son hoy todavía muy visibles. Por supuesto no me he detenido allí. En el primer y en el tercer foso he hecho funcionar dos trampas de un sistema giratorio, enteramente desconocido de los tramoyistas, que no usan más que trampas horizontales.

En fin, puedo decir, con todo conocimiento de causa: "Lector,

visita un día la Opera, pide pasarte por ella en paz, sin guía estúpido, entra en el palco número 5 y golpea en la enorme columna que separa á este palco del proscenio. Golpea con el bastón ó con el puño, y escucha.... Hasta la altura de tu cabeza, "la columna está hueca".... Y, después de ésto, no te asombres de que haya podido ser habitada por la voz del fantasma. En esta columna hay sitio para dos hombres. Si te extraña que, cuando los fenómenos de ese palco, nadie se haya vuelto hacia la columna, no olvides que ofrece el aspecto de mármol macizo y que la voz que estaba encerrada en ella, parecía venir del lado opuesto, pues la voz del fantasma ventrilocuo venía de donde él quería. No desespero de encontrar un día el pedazo de escultura que debía de subir y bajar á voluntad para dejar un paso misterioso y libre á la correspondencia del fantasma con la Giry y á sus generosidades. Ciertamente, todo lo que yo he visto y palpado no es nada al lado de lo que un ser enorme, como Erik, debió de crear en el misterio de un monumento como la Opera, pero daría todos estos descubrimientos por el que pude hacer en el mismo despacho de la dirección. Debajo de la mesa del director, á unos centímetros de la butaca, había una trampa de la anchura de

la tabla del suelo, del largo de un antebrazo, nada más, una rampa que se cerraba como la tapa de un cofre, una trampa por la que estoy viendo salir una mano que trabaja con destreza en el bolsillo de un frac que cueiga....

¡Por allí se habían marchado los cuarenta mil francos!... ¡Por allí habían vuelto!....

Cuando hablé de ésto al persa, con una emoción muy comprensible, le dije:

—Erik, pues, se divertía sencillamente, puesto que devolvió los cuarenta mil francos, en echarlas de gracioso con su pliego de condiciones.

El persa me respondió:

—No lo crea usted.... Erik necesitaba dinero. Creyéndose fuera de la humanidad, no le estorbaban los escrúpulos y se servía de los dones extraordinarios que había recibido de la naturaleza en compensación de la atroz fealdad de que le había dotado, para explotar á los humanos, algunas veces del modo más artístico del mundo, pues el golpe valía su peso, en oro. Si devolvió los cuarenta mil francos, fué porque "ya no los necesitaba." Había renunciado á su matrimonio con Cristina. Había renunciado á todas las cosas de la superficie de la tierra....

Según el persa, Erik era originario de un pueblecillo de los alre-

dedores de Rouen. Era hijo de un contratista de albañilería. Había huido muy joven del domicilio paterno, donde su fealdad era un objeto de espanto para sus parientes. Durante algún tiempo se había exhibido en las ferias, donde su empresario le mostraba como "muerto viviente." Había tenido que atravesar Europa de feria en feria y completar su extraña educación de artista y de mágico en la fuente misma del arte y de la magia, entre los bohemios. Todo un período de la existencia de Erik es bastante obscuro. Se le vuelve á encontrar en la feria de Nijni-Novgorod, donde se producía entonces en toda su horrible gloria. Ya cantaba como nadie en el mundo ha cantado; hacía el ventrílocuo y se entregaba á juegos extraordinarios, de los que hablaban las caravanas á su vuelta del Asia. De este modo, su fama penetró en el palacio de Mazenderan, en el que la sultana favorita del shah-in-shah, se aburría. Un comerciante de pieles, que iba á Samarkand y venía de Nijni-Novgorod, contó dos milagros que había visto en la tienda de Erik. Se mandó llamar al mercader al palacio, y el daroga de Mazenderan tuvo que interrogarle. Después el daroga fué encargado de buscar á Erik y le llevó á Persia, donde, por unos meses, fué el niño mimado. Cometió así no

pocos horrores, pues no parecía conocer el bien ni el mal, y cooperó á algunos asesinatos políticos tan tranquilamente como combatió con invenciones diabólicas, al emir de Afghanistan, en guerra con el imperio. El shamshah le hizo amigo suyo. En este momento se verifican las horas rosa de Mazenderan, de las que el daroga nos ha dado una idea. Como Erik tenía en arquitectura ideas enteramente personales, y concebía un palacio como un prestigeador puede concebir un cofrecillo de combinaciones, el shamshah le encargó una edificación de ese género, que él llevó á cabo y que era, según parece tan ingeniosa que Su Majestad podía pasearse por todas partes sin que se le viese y desaparecer sin que se supiera por qué artificio. Cuando el shamshah se vió dueño de semejante joya, ordenó, como lo había hecho cierto zar con el arquitecto de una iglesia de Moscou, que se saltasen á Erik sus ojos de oro. Pero pensó que Erik, aun ciego, podría construir para otro soberano un palacio igual y que, viviendo, tenía el secreto de tan maravillosa morada. Decidió, pues, la muerte de Erik y la de todos los obreros que habían trabajado á sus órdenes. El daroga de Mazenderan fué encargado de la ejecución de esta orden abominable, pero Erik le había prestado algunos ser-

vicios y héchole morir, y el daroga le salvó procurándole los medios de huir. Pero por poco paga con la cabeza esta generosa debilidad. Por fortuna, se encontró en las orillas del mar Caspio un cadáver medio comido por las aves marinas y que pasó por el de Erik por haberle puesto los amigos del daroga algunos efectos que habían pertenecido al sentenciado. El daroga pagó con la pérdida de sus bienes y el destierro. El tesoro real siguió sin embargo, pues el daroga era de sangre regia, pasándole una pequeña renta, con la que vino á refugiarse en París.

Erik había pasado al Asia Menor y después á Constantinopla, donde entró al servicio del sultán. Habré hecho comprender los servicios que pudo hacer á un soberano al que dominaban todos los terrores, cuando haya dicho que fué Erik quien construyó todas las famosas trampas y cámaras secretas y arcaas de caudales misteriosas, que se encontraron en Yildiz-Kiosk después de la última revolución turca. También fué él quien tuvo la ocurrencia de fabricar autómatas vestidos como el príncipe y que se le parecían hasta equivocarse con él, autómatas que hacían creer que el jefe de los creyentes estaba despierto en un sitio cuando se encontraba durmiendo en otro.

Naturalmente, tuvo que dejar el

servicio del sultán por las mismas razones que le habían hecho huir de Persia. Sabía demasiadas cosas. Entonces, muy cansado de su monstruosa vida, deseó volverse alguien "como todo el mundo." Hizose contratista, como un contratista ordinario que construye casas para todo el mundo con ladrillos ordinarios. Se quedó con ciertos trabajos de los cimientos de la Opera, y cuando se vió en los fosos de tan vasto teatro, su natural artístico, fantástico y mágico pudo más que todo. Además, como era siempre tan feo, soñó con crearse una morada desconocida del resto de la tierra y que le ocultase para siempre á las miradas de los hombres.

Se sabe y se adivina lo que vino después. Está en esta increíble y verídica aventura. ¡Desgraciado Erik! ¿Hay que compadecerle? ¿Hay que maldecirle? El no pedía más que ser alguien, como todo el mundo... ¡pero era demasiado feo! Y tuvo que ocultar su genio ó hacer habilidades, cuando con una cara ordinaria hubiera sido uno de los más nobles de la raza humana. Tenía un corazón capaz de contener el imperio del mundo y tuvo que contentarse con una cueva. ¡Decididamente! hay que compadecer al Fantasma de la Opera...

A pesar de sus crímenes, he ro-

gado á Dios que tenga piedad de él.

Estoy seguro de haber rezado sobre su cadáver el otro día, cuando se enterraron las voces vivientes. Era su esqueleto. No lo conocí en la fealdad de la cabeza, pues cuando los hombres están muertos hace tanto tiempo, todos son igualmente feos, sino en el anillo de oro que tenía y que Cristina Daé debió de haberle puesto en el dedo antes de enterrarle, como se lo había prometido.

El esqueleto se encontraba cer-

ca de la fuentecilla, en el sitio en que, por primera vez, se la llevó á los fosos del teatro y donde el Angel de la Música tuvo en sus brazos temblorosos á Cristina desmayada.

Y, ahora, ¿qué se va á hacer de ese esqueleto? ¿Se le va á arrojar á la fosa común?... Yo digo que el sitio del esqueleto del Fantasma de la Opera está en los archivos de la Academia nacional de música. No es ese un esqueleto ordinario.

F I N



